

I

MALFORMACIÓN DE LOS CONCEPTOS EN POLÍTICA COMPARADA

«**D**ominar la “teoría” y el “método” es convertirse en un *pensador consciente*, un hombre que trabaja sabiendo cuáles son los presupuestos y las implicaciones de lo que hace. Ser dominado por la “teoría” y por el “método” significa no empezar nunca a trabajar» [Mills 1959, 27; la cursiva es mía]. La frase se aplica de maravilla al estado actual de la ciencia política. La disciplina en su conjunto oscila entre dos extremos equivocados. Por un lado, hay una gran mayoría de politólogos que se podrían definir como pensadores inconscientes puros y simples. En el otro, en cambio, se encuentra una sofisticada minoría de estudiosos superconscientes, en el sentido de que sus referencias teóricas y metodológicas proceden de las ciencias físicas.

La distancia entre el pensador inconsciente y el pensador superconsciente se oculta bajo la creciente sofisticación estadística y otras técnicas de investigación. Gran parte de la literatura que se presenta con el título de *Métodos* (en las ciencias sociales), en realidad trata de técnicas de investigación y de estadística social, y tiene poco o nada que ver con el problema crucial de la «metodología», que es un problema de estructura lógica y de procedimientos de investiga-

ción científica. En rigor, no puede haber metodología sin *logos*, sin un pensamiento habituado a pensar. Y en el momento en que se distingue claramente la metodología de la técnica, no se puede sustituir una por la otra. Se puede ser un maravilloso investigador y manipulador de datos, y sin embargo seguir siendo un pensador inconsciente. Este capítulo sostiene que la disciplina en su conjunto está gravemente debilitada por la inconsciencia metodológica. Mientras más avanzamos técnicamente, más vasto e inexplorado es el territorio que dejamos atrás. Y mi crítica es que los politólogos carecen de manera importante (con excepciones) de formación en lógica, en lógica elemental.

Subrayo «elemental» porque no deseo dar alas al pensador superconsciente, que es aquel que se niega a discutir sobre la temperatura a menos que disponga de un termómetro. Mi simpatía está, en cambio, con el pensador consciente, que es aquel que, aun reconociendo la limitación que supone no tener un termómetro, se las arregla para suplirlo diciendo simplemente «caliente o frío», «más caliente o más frío». El pensador consciente debería adoptar una postura a mitad de camino entre una mala lógica, por un lado, y el perfeccionismo lógico (o la parálisis lógica) por el otro. Nos guste o no, las ciencias del hombre nadan todavía en un «mar de ingenuidad»; la política comparada es particularmente vulnerable a, e ilustrativa de, este desdichado estado de la cuestión.

1. EL PROBLEMA DE CÓMO VIAJAR

La ciencia política tradicional ha heredado un vasto conjunto de conceptos que se han definido y redefini-

do previamente, para bien o para mal, por generaciones de filósofos y teóricos de la política. Hasta cierto punto, pues, el politólogo tradicional puede permitirse ser un pensador inconsciente: otros ya han pensado por él. Esto resulta tanto más evidente para el enfoque legalista o formalista del estudio de las instituciones, que no requiere ningún tipo de profunda reflexión¹. Sin embargo, la nueva ciencia política ha sentido la exigencia de comprometerse en una operación de reconceptualización. Y esta exigencia se ha visto reforzada con la expansión comparada de la disciplina², por muchas y buenas razones.

Una de estas razones es la *expansión de la política*. La política se hace «más grande» porque el mundo se hace cada vez más politizado (hay más participación, más movilización y en ciertos casos más intervención del Estado en esferas que antes no eran de gobierno). Además, la política se engrandece también desde un punto de vista subjetivo porque hemos desplazado nuestro foco de atención tanto hacia la periferia de la política (en relación con el proceso gubernamental) como hacia la cuestión de los *inputs*. Ahora ya, como dice Macridis, estudiamos todo lo que es «potencialmente político» [Macridis 1968, 81]. Aunque este último aspecto conduzca en última instancia a la desaparición de la política, no es preocupante solo para la política comparada, pues otros sectores de la ciencia política se ven también afectados [Macridis 1968]³.

Aparte de la expansión de la política, una causa más concreta del desafío conceptual y metodológico para la política comparada es la que Braibanti [1968, 36] define como «la ampliación del espectro de los sistemas políticos». Hoy estamos inmersos en comparaciones globales, *cross-area*. Y si bien la geografía tie-

ne límites, la proliferación de las unidades políticas parece que no los tiene. Había cerca de 80 Estados en 1916 y no es improbable que lleguemos pronto a los 200. Pero este no es el problema más relevante. Aún más importante es el hecho de que «la ampliación» de la que habla Braibanti incluye sistemas políticos que pertenecen a estadios distintos de consolidación y estructuración.

Así pues, cuanto más amplios sean nuestros horizontes de investigación, mayor será la necesidad de instrumentos que sean capaces de «viajar», de «trasladarse». Está claro que el vocabulario de la política anterior a 1950 no estaba diseñado para viajes globales o *cross-area*. De otra parte, y pese a muy audaces intentos de innovación terminológica⁴, resulta difícil ver cómo los estudiosos occidentales podrían desembarazarse radicalmente de la experiencia política occidental, o bien de ese vocabulario de la política desarrollado durante milenios dentro de la historia occidental. Así que la primera cuestión es: ¿hasta dónde y cómo podemos viajar con la ayuda del único vocabulario de la política de que disponemos?

Salvo laudables excepciones, la mayoría tiende a seguir la línea de menor resistencia, es decir, la de ampliar el significado y por tanto el campo de aplicación de los conceptos que tenemos. Como el mundo se ha hecho más grande, se ha acabado por confiar en el estiramiento conceptual (*conceptual stretching*): o sea, en conceptualizaciones vagas e indefinidas. Pero hay más. Alguno añade, por ejemplo, que el estiramiento conceptual supone también un intento de privar de valores a nuestras conceptualizaciones (*value-free*). Otra explicación es que el estiramiento de los conceptos es más que nada un «efecto bumerán» que provie-

ne de las áreas en vías de desarrollo, o bien una reacción a las categorías occidentales por parte de los sistemas políticos del Tercer Mundo⁵. Más allá de estas consideraciones, el estiramiento conceptual representa en realidad, en la política comparada, la línea de menor resistencia. Y el resultado de este estiramiento conceptual es que lo que se gana en capacidad extensiva se pierde en precisión connotativa. Para cubrir cada vez más terreno, acabamos por decir poco, y ese poco que decimos lo decimos cada vez con menor precisión.

Uno de los inconvenientes de la expansión de la disciplina radica en que de ese modo hemos llegado a conceptos cada vez más vaporosos, indefinidos y sin límites. Es verdad que necesitamos categorías o conceptos «universales», válidos en todo tiempo y lugar. Pero nada se gana si nuestros universales resultan ser categorías «sin diferencia» (*«no difference» categories*) que conducen a falsas equivalencias. Y lo que necesitamos son *universales empíricos*, esto es, categorías que, a pesar de su naturaleza omnicompreensiva y abstracta, sean susceptibles de comprobación empírica. En cambio, parece que estamos en el borde de los *universali filosofici*, o bien de conceptos que, como los llamaba Benedetto Croce, son conceptos «supra-empíricos» por definición⁶.

Era de esperar que la expansión comparativa de la disciplina acabase rompiéndose la cabeza. Resultaba fácil inferir, en efecto, que el estiramiento conceptual acabaría por producir ambigüedades y evasión, porque cuanto más escalamos hacia conceptos abstractos, más se debilita el contacto con la realidad empírica. Conviene, por tanto, preguntarse por qué este problema no se ha afrontado con valentía.

Demos un paso atrás y empecemos por preguntarnos si es realmente necesario embarcarse en arriesgadas comparaciones globales. Esta pregunta depende a su vez de otra anterior: ¿por qué comparar? El pensador inconsciente no se pregunta por qué está comparando y ello explica por qué buena parte de las investigaciones comparadas garantiza, sí, un aumento de nuestros conocimientos, pero sin fruto. Porque «comparar es controlar». Lo que quiere decir que la novedad, peculiaridad y relevancia de la política comparada consiste en la verificación sistemática, en relación con el mayor número de casos posibles, de un conjunto de hipótesis, generalizaciones y leyes del tipo de «si... entonces...»⁷. Pero si la política comparada se concibe como un método de control, entonces sus generalizaciones tienen que ser controladas en «todos los casos» y, por lo tanto, la tarea tiene que ser en principio global. Por eso la razón a favor de las comparaciones globales no es solo que vivimos en un mundo «más grande»; se trata también de una razón de naturaleza metodológica.

Cuando dos o más objetos son iguales, no hay ningún problema de comparación. En cambio, si dos o más objetos no tienen nada, o no lo bastante, en común, entonces podemos correctamente decir que las rocas y los conejos no pueden compararse. En general, logramos la comparación cuando dos o más elementos parecen ser «bastante similares», es decir, ni idénticos ni completamente diferentes. Pero esto no nos arroja suficiente luz. El problema se elude a veces estableciendo que comparar es «asimilar», lo que quiere decir identificar similitudes profundas más allá de una superficie de diferencias marginales. Pero tampoco este camino nos lleva lejos si el truco consis-

te en hacer similares casos que no lo son. La verdad es que nos encontramos frente a un problema del que no nos podemos desembarazar con el argumento de que los teóricos políticos han comparado siempre decentemente desde la época de Aristóteles y, en consecuencia, que no hay razón para atascarnos en la cuestión de «¿Qué es comparable?» en mayor medida que nuestros predecesores. Pero esta argumentación no tiene en cuenta tres importantes diferencias.

En primer lugar, como nuestros predecesores estaban condicionados culturalmente (*culture-bound*), avanzaban tan solo hasta donde les permitía su saber personal.

En segundo lugar, nuestros antecesores no disponían de datos cuantitativos y no eran cuantitativistas. Con estas dos limitaciones, nuestros predecesores disfrutaban de la indiscutible ventaja de tener un conocimiento sustancial, efectivo, de las cosas que comparaban. Todo esto es más complicado a escala global, y resulta prácticamente imposible con la revolución de los ordenadores. Hace unos años, Karl Deutsch [1966, 156] preveía que para 1975 la ciencia política podría contar con un almacén de «50 millones de tarjetas IBM [...] con una tasa de crecimiento anual de casi 5 millones». Encuentro este cálculo alarmante, pues la informática y las nuevas tecnologías de los ordenadores están dispuestas a inundarnos con masas de datos que ninguna mente humana puede controlar cognitivamente. Pero incluso si se comparte el entusiasmo de Deutsch, no puede negarse que aquí tenemos entre manos un problema sin precedentes.

En tercer lugar, nuestros predecesores no estaban tan desarmados. Seguramente no dejaban a la mente genial de alguna persona la decisión sobre qué era ho-

mogéneo (o comparable) y qué era heterogéneo (o incomparable). Como sugiere la terminología, sus comparaciones se aplicaban a elementos que pertenecían «al mismo género». En otras palabras, la base de la comparación se establecía por el método de análisis *per genus et differentiam*, es decir, mediante un procedimiento taxonómico. En este contexto, «comparable» significa algo que pertenece al mismo género, a la misma especie o a la misma subespecie, en resumen a la misma clase (de una clasificación). De ahí que la clase proporcione el «elemento de similitud» de la comparación. Mientras que los requisitos taxonómicos de la comparabilidad son desconocidos.

Ahora estamos mejor equipados para afrontar nuestra cuestión inicial: ¿por qué el problema de «viajar» en la política comparada se ha resuelto con un remedio falso, como es el del estiramiento de los conceptos? Entre muchas razones, la principal es que nos hemos dejado acunar por la idea de que nuestras dificultades se pueden superar si pasamos del «qué es» al «cuánto es». El argumento se formula más o menos así: si nuestras diferencias indican diferencias *de género*, y por tanto las tratamos de modo disyuntivo (igual-distinto), entonces estamos en un aprieto; pero si los conceptos se entienden como una cuestión de más-o-menos, lo que indica solo diferencias de grado, entonces nuestros problemas se pueden resolver mediante la medida y el verdadero inconveniente será el cómo medir. Mientras tanto y a la espera de que lleguen las medidas, los conceptos de clase y las taxonomías deben ser mirados con recelo (cuando no rechazados), puesto que representan «una lógica anticuada de propiedades y atributos que no se adapta bien al estudio de las cantidades y las relaciones» [Hempel, cit. en Martindale 1959, 5]⁸.

Mi tesis, en cambio, es que un desembalaje taxonómico es una condición esencial de la comparación, que llega a ser tanto más importante desde el momento en que cada vez tenemos menos conocimiento sustantivo de las cosas que tratamos de comparar. Desde esta perspectiva, si nos deshacemos de la llamada «lógica antigua» nos arriesgamos a acabar descarriados, víctimas de una mala lógica. Como trataré de demostrar.

2. CUANTIFICACIÓN Y CLASIFICACIÓN

Lo que crea confusión en todo este tema es el abuso de un *verbalismo cuantitativo* que es solo eso. Oímos hablar cada vez con mayor frecuencia de «grados» y de «medición», «no solo sin disponer de ninguna medición efectiva, sino sin tener ninguna en proyecto y, lo que es peor, sin ningún conocimiento efectivo de lo que hay que hacer antes de que una medición sea posible» [Kaplan 1964, 213]. Este abuso idiomático se ha difundido en textos técnicos, en los que, por ejemplo, encontramos que las escalas nominales se consideran «escalas de medición» [Festinger y Katz 1953; Selltiz, Chein y Proshansky 1959]. Pero una escala nominal no es más que una clasificación cualitativa, y por eso no puedo entender qué es lo que efectivamente deba o pueda medir. Se pueden asignar números a las clases; pero se trata simplemente de una manera de codificar, que no tiene nada que ver con una cuantificación. De igual modo, el uso incesante de la expresión «es solo una cuestión de grado», así como el frecuente recurso a la imagen del *continuum*, nos deja exactamente donde estábamos, en un discurso cualitativo confiado a estimaciones impresionistas que no nos acercan ni